

El día que me quieras

Armando Murias Ibias

El día que me quieras

septem 
ediciones

La maldad es el mayor fracaso de la inteligencia humana
“La inteligencia fracasada”
José Antonio Marina.

I

La torre de la Caja de Ahorros dejó escapar nueve campanadas huecas y solemnes en el cielo de la benemérita, invicta, heroica, buena, muy noble y muy leal ciudad. A su lado, aunque levemente retrasada, la aguja gótica de la única torre de la catedral permaneció muda porque ya había pasado el tiempo en el que la Iglesia marcaba las horas para los habitantes de la corte en lejano siglo, la Vetusta que Clarín había descrito con magistral detenimiento cien años antes.

La luminosidad de aquella mañana de julio hería los ojos de los que estamos acostumbrados a escudriñar las entrañas de la niebla sempiterna. Desde las primeras horas los ciudadanos nos movíamos con rapidez hacia todas las direcciones, eufóricos unos, diligentes otros, sabedores todos de que por la tarde hundiríamos los pies en alguna de las playas cercanas, o en la única piscina de la ciudad, o simplemente los dejaríamos deambular por la sombra de algún parque cercano.

Puntual, con el silencio que siguió a las campanadas matutinas, Ricardo entró en el portal de la central sindical para tomar asiento en una de las sillas del despacho de la segunda planta como abogado laboralista. Dejó atrás el azul imposible del firmamento y cruzó el vestíbulo nervioso y ligero, cargado únicamente con la ilusión de un recién licenciado. Bajo el brazo llevaba una nutrida carpeta donde estaban condensados los apuntes que había tomado de sus venerables maestros juristas, aunque trató de evitar que sus compañeros notasen el evidente entusiasmo de un primerizo que, después de cinco años de licenciatura y más de un año de servicio militar, logra salir del indigno abrazo del paro para defender a los suyos en las trincheras de la lucha, la solidaridad y la reivindicación.

El portal, profundo y lóbrego, presentaba un estado deplorable, casi ruinoso, que sintonizaba con la situación general del edificio, confiscado en su momento por el franquismo, y posteriormente incluido en el lote del patrimonio sindical.

Llegaba el primer día de julio para cubrir las vacaciones estivales de otros compañeros. En esa estación del año la ciudad se había

quedado vacía y silenciosa, abandonada precipitadamente por sus ciudadanos con una celeridad cercana a una situación de pavor por una peste medieval. El sol se muestra casi siempre esquivo en la cornisa del Cantábrico, y los escasos días soleados invitaban a muchos a remojarse en las olas que se acercan con desgana a morir en las arenas de la costa. Otros aprovechábamos el calor para comprobar su poder asfixiante desde una mecedora bajo la sombra de un castaño.

Nadie salió a recibirlo, pero tampoco esperaba que alguien lo hiciera. Educado en la sobriedad de un mundo clandestino que ocupó sus años universitarios, poco dado a ceremonias protocolarias, por su cabeza no circulaba otra idea que la de la eficacia y el cumplimiento del deber. Avanzó unos pasos más por el vestíbulo y al final tomó el ascensor para evitar la fatigosa subida por unas escaleras deterioradas. Dentro del artefacto, una luz amarillenta y temblorosa iluminaba una espléndida colección de pegatinas reivindicativas que dejaba bien claro quiénes eran sus usuarios. La escasa velocidad del renqueante ascensor le permitió contemplarlas con la curiosidad de quien bucea por los arrecifes de la memoria más cercana. Las había recientes, editadas por comités que defendían los puestos de trabajo en peligro, por federaciones que recordaban consignas coreadas en manifestaciones, por secciones que exigían justicia social, y otras más lejanas en el tiempo y en el espacio que mostraban el valor inmarcesible de la solidaridad internacional del proletariado. Cuando el artificio detuvo su ascensión con un frenazo brusco, el único viajero aprovechó para ajustarse la americana de pana en el cristal que reflejaba su figura algo difuminada.

Entró con altivez —que bien podría ser la máscara que oculta la timidez del que está a punto de sentarse por primera vez en un despacho profesional— en la segunda planta. La puerta se encontraba entornada y la abrió con facilidad. Una bombilla de escasa potencia destacaba en la oscuridad de un largo pasillo interior, que dejaba huecos a izquierda y derecha, repartidos con una simetría que homogeneizaba los espacios disponibles. Cada uno correspondía a una sección sindical, y ya sabía que el tercero a la izquierda correspondía al gabinete jurídico, y en él entró con un

sigilo místico. Cualquiera que lo viera en esos momentos podría decir —sin miedo a equivocarse— que llevaba en su rostro la emoción de un peregrino que acaba de entrar en el pórtico de la Gloria compostelano después de atravesar un camino de cinco años académicos, jalonado por albergues donde era posible curarse las llagas que dejan los adoquines de la vía. Depositó la pesada carpeta encima de la mesa y se secó el sudor de la frente que afeaba su presencia.

Del final del largo pasillo surgía débilmente la música de un pasodoble por la radio.

¿Por dónde empezar en el primer día como abogado? No has recibido ningún curso de especialidad ni postgrado, de manera que, don Ricardo Castañón Méndez, deberás dejarte guiar por la brújula del sentido común y el instinto de animal político, que con tanto ímpetu has desarrollado en las asambleas universitarias que te han servido de aprendizaje.

Miró hacia las paredes y estanterías que las cubrían, y tuvo la extraña sensación de ser un animal enjaulado. Para eliminar esa idea de la cabeza —que enseguida su raciocinio juzgó pernicioso—, se dirigió por el pasillo hacia el lugar donde provenía la voz de la radio, pero dentro de la habitación no había nadie. Dio una voz para hacerse notar y nadie respondió, duplicó el volumen, pero tampoco obtuvo resultado.

—Ah de la casa, ¿quién vive? No encuentro a nadie por aquí.

Un hombre de mediana edad asomó la cabeza, miró hacia izquierda y derecha, y al final decidió salir del cuarto. Su cuerpo enjuto se movió con nerviosismo por el pasillo. Vestía con el desaliño propio de quien se educó en la escuela de la progresía, que no sólo tiene una dosis de política, también atesora importantes

vetas de ética y estética. La involuntaria inclinación lateral de las gafas de pasta negra y la querencia de un flequillo rebelde hacia la sien derecha le daban a la cara una asimétrica belleza de quien no está dispuesto a perder ni un solo minuto delante del espejo de la vanidad. A mitad de camino se limpió con cierto asco las manos contra la camisa de leñador y así continuó hasta que se acercó al que acababa de llegar.

—Estoy aquí, en el archivo, a ver si coloco alguna carpeta en este desorden repleto de polvo. Y tú ¿quién eres?

—Soy Ricardo Castañón. Vengo para el gabinete jurídico.

—Ah, con Begoña y El Patillas. ¡Sí, ya no me acordaba, es verdad! Ella se queda de vacaciones hoy. Durante este mes todo el despacho será para ti y para El Patillas. Ya lo conoces, y la puntualidad no es precisamente una de sus virtudes —dijo el anfitrión mientras lo observaba de arriba abajo.

Hubo un breve silencio que dejó oír una risotada masculina que salía del aparato de radio, desde el fondo del pasillo. Al final, el que no paraba de limpiarse las manos manchadas de polvo contra la camisa y los pantalones vaqueros afirmó:

—Yo a ti te conozco. ¿Tú no eres uno de los que se encerraron en Derecho la otra semana?

—Sí, yo estuve allí.

—Ya recuerdo, tú eras el portavoz, pero ¿tenías barba, no?

—Me la afeité hace una hora, hoy comienzo una nueva vida, es un cambio importante para mí, y quise también cambiar mi apariencia.

—Me alegro que estés con nosotros, no te arrepentirás. Ya lo verás.

—Es lo que soñaba desde que empecé a estudiar Derecho. Bueno, ahora voy para allá, voy a situarme, que tengo mucho que hacer en mi primer día. Te aumento el volumen de la radio a ver si nos ameniza el día.

En el hueco donde se acaba de ubicar Ricardo entraba el sol con la curiosidad e impaciencia de un extraño invasor y elevaba la temperatura hasta el sofoco. La amplitud del despacho se reducía

notablemente por el grosor de las estanterías que ocultaban las cuatro paredes. Sobre los anaqueles —polvorientos por la parte del fondo—, las carpetas y legajos se mantenían con altivez y orden, apoyándose con arrogancia sobre el sumiso lomo de otros.

Las horas del primer día como abogado corrieron ligeras para Ricardo. De El Patillas recibió los primeros rudimentos jurídicos para poder sobrevivir y defender a los suyos en el proceloso mar de los abusos laborales por parte de los escualos de una patronal que todavía se resistían a admitir la nueva realidad democrática y constitucional.

Por la tarde, en el momento en el que el sol dejó de incendiar la estancia, se sentó con la placidez que da el terminar un trabajo bien hecho —después de colocar lo más necesario y de controlar lo más usado— y tuvo el acto reflejo de mirar el reloj. Pasaban algunos minutos de las ocho y media, la hora de la cita con Virginia.

Salió a la calle cuando los rayos del sol todavía iluminaban las partes cimeras de los edificios más altos, que perdían el color en la homogeneidad rojiza del atardecer. Los que caminábamos a esas horas por las aceras del solaz lo vimos llegar eufórico, grácil, al encuentro con Virginia, su novia desde el tercer curso de los estudios universitarios. Juntos se dirigieron a un cine, envueltos en la locuacidad del que acababa de colocar en el lugar más visible del despacho el Código Civil al lado del Estatuto de los Trabajadores.

Con Virginia todavía estaba probando el bocado de los sentimientos espirituales y de los deleites carnales, esa tentación donde están depositadas las pasiones más efímeras. Vivían juntos sin ningún lazo legal porque eran de los que consideraban el matrimonio como una herencia cultural decrepita y fosilizada, a punto de entrar en el museo de la historia. Se amaban, y eso era suficiente, una sensación más fuerte y fiable que todos los papeles que pudieran firmar ante un juez o en la penumbra encerrada de una sacristía.

Virginia procedía de un territorio que algunos nostálgicos denominan zona vaqueira, otros especialistas lo llaman El Cuarto de

los Valles, y los lingüistas que siguen la teoría de Diego Catalán lo señalan en un mapa como la zona D del asturiano occidental, aunque la mayoría de los vecinos a esa zona la denominan con el vocablo mucho más sencillo de *monte*, una celda vegetal donde la existencia se comparte con la fluidez del tiempo.

Las cuatro casas que componen la aldea de Virginia cuelgan sus corredores cargados de mazorcas sobre un valle húmedo y silencioso. De él marchó cuando comprobó sus escasas habilidades y su poco entusiasmo para manejar el tractor familiar sobre una considerable heredad, aunque excesivamente inclinada hacia el río que corre inquieto por lo más bajo entre sauces, avellanos, chopos y ganados.

Llegó a la ciudad y tardó muy poco tiempo en instalarse en casa de unos carniceros como muchacha de servicio. Vivían en un chalet en las afueras, en una zona residencial de reciente creación. La piedra falsa que recubría todo el edificio pretendía imitar las vetustas casonas solariegas que tanto había admirado el propietario en la villa donde se había criado. Dentro de la casa, sobre todo en el salón, se exhibían animales disecados de los cinco continentes, algunos ya al borde de la extinción. Todos los que conocían al carnicero sabían que estaba dispuesto a desembolsar una cantidad inimaginable de dinero por colgar un ejemplar único, de esos que aparecen en las láminas de los conservacionistas que alertan de los peligros del furtivismo. El carácter violento y sanguinario del carnicero era destacado por todos, pero carecía de experiencias en las grandes cacerías, por eso necesitaba un símbolo colgado en las paredes de su casa, un engaño que lo llevase a mostrar a sus amistades y allegados que él no era un simple matachín de carnicería.

La dilatada jornada laboral de los propietarios le permitió a Virginia conocer los entresijos de la urbe y a su rutina se adaptó enseguida con la facilidad que da una mente despierta y ávida de explorar otros mundos. Cuando la carnicera —una mujer joven que se había casado recientemente, después de una catastrófica experiencia matrimonial del carnicero— quedó embarazada, cambiaron los papeles. La señora quedó en casa y la fámula ocupó el puesto en la carnicería.

Detrás del mostrador aprendió los diferentes cortes en la carne y las distintas partes que debía despiezar, más tarde se instruyó en el trato con un público exigente, y algunas veces caprichoso.

Con la ampliación del negocio algunos meses más tarde, Virginia quedó de encargada en la nueva carnicería abierta en un barrio con una fuerte expansión demográfica. A su carácter vivaracho, descarado y alocado por los pocos años, se le unió la destreza de sus vecinas, las tenderas. De ellas aprendió la retórica más persuasiva y engañosa.

En poco tiempo consiguió reunir en su boca la habilidad embustera de una charlatana de feria, en sus brazos la fortaleza de un matachín y en sus manos la pericia de un cirujano.

La carnicería ocupaba un bajo que hacía chafalán a dos calles de reciente diseño. El interior estaba alicatado de azulejos blancos hasta el techo, del que colgaban unos tubos fluorescentes que inundaban de luz el establecimiento, que más se asemejaba a la inmaculada pulcritud de un quirófano que a una carnicería. A lo largo del mostrador se agolpaba constantemente una legión de consumidores que reían los atrevimientos de la dependienta, solicitaban sus pedidos y engrosaban con cada movimiento la caja registradora.

Fue la transparencia de su sonrisa y la habilidad con los dedos lo que hizo que Ricardo se fijara en ella una noche de septiembre cuando aporreaban sin orden ni concierto las teclas de los sonidos agudos de un piano en un destartado café cantante de la zona antigua de Oviedo. Allí estaban también las manos de Ricardo, que golpeaban las teclas graves, con el pianista —un profesor universitario que estaba pendiente tan solo de fumar las últimas hebras de la colilla que le colgaba de los labios— en el medio, sacando unas notas que nacían de la rutina.

Después de unos movimientos que amagaron para comprobar la intención del otro, juntaron sus vidas en la habitación de un piso deliciosamente incómodo compartido con otros de su edad y condición. Fuera de él, fuera de su vida en común, que defendían con el tesón que mostraría un señor feudal con su castillo, estaban ocurriendo muchas cosas, pero a ellos no les interesan porque sus

ojos, su piel y sus cuerpos tenían el imán de la atracción que repelía todo cuerpo extraño que atravesase su campo magnético.

Celebraron el primer aniversario de vida en común con la alegría del primer día y con un fasto que les pareció principesco. Hubo una cena conmemorativa en la que se juraron amor eterno y que debería repetirse hasta que el paso de la edad o la fatalidad dejase a uno solo en el mundo. Ricardo recibió como obsequio un bombardino que había conseguido Virginia en una tienda de segunda mano. A él le dedicó muchas tardes hasta que le pudo sacar algún sonido diferente a los que todos consideraban ruido, y con él participó en la charanga de la izquierda extraparlamentaria que recorría bulliciosamente el trayecto en todas las manifestaciones. Después del postre, en los servicios del restaurante, Virginia se puso y estrenó el vestido que le había regalado Ricardo, un modelo que seguía la moda ibicenca con unos colores que resaltaban la piel morena y la dulce curvatura de su cuerpo de zancada presurosa.